

CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA RELECTURA CRIOLLA DE LOS INFORTUNIOS DE ALONSO RAMÍREZ*

Don Carlos de Sigüenza y Góngora fue el polígrafo americano más eminente del siglo XVII. Matemático, cosmógrafo, filósofo, investigador de las culturas indígenas y empeñoso coleccionista de sus antigüedades, sobresalió por sus dotes literarias y su espíritu científico. Nacido en la capital de la Nueva España en 1645, recibió esmerada educación en su niñez, ingresó en 1660 en el noviciado de la Compañía de Jesús, continuó en 1667 sus estudios de Teología y Matemáticas en la Real y Pontificia Universidad de México, y en 1672 ganó por oposición la cátedra de esta materia. A su muerte, ocurrida en 1700, dejó doce obras impresas, muchas inéditas, y una merecida reputación de sabio.¹

El más leído de sus escritos en nuestros días es el relato conocido por *Infortunios de Alonso Ramírez*. Su mayor difusión se debe en parte al interés que suscitan las andanzas del protagonista, un joven puertorriqueño cuyos azarosos percances le llevaron a darle la vuelta al mundo. Y en parte también se debe a la prolongada polémica en torno a si dicho relato es una auténtica biografía, de carácter netamente histórico, o si contiene pasajes ficcionalizados que lo acercan a la novela picaresca.

En el curso de la controversia los críticos se han polarizado en dos bandos. En el bando de quienes afirman la historicidad de los *Infortunios* se destaca José Rojas Garcidueñas, biógrafo de Sigüenza y editor de varios de sus escritos. Los argumentos formulados por Rojas Garcidueñas se resumen así:

Varias de entre sus obras, que por haberse publicado llegaron hasta nosotros, muestran que Sigüenza se interesaba tanto en la fidelidad del relato histórico como por la nimia exactitud de las referencias y descripciones de lugar [...]. Ejemplo magnífico de tales obras es la que su autor tituló *Infortunios que Alonso Ramírez, natural de la ciudad de S. Juan de Puerto Rico, padeció así en poder de ingleses piratas que lo apresaron en las Islas Filipinas como navegando por sí solo y sin derrota, hasta varar en la costa de Yucatán, consiguiendo por este medio dar la vuelta al mundo [...] Año de 1690.*² En esta obra, autores poco avisados y nada críticos, han querido ver una novela como otros lo han

* Una primera versión de este ensayo fue publicada en *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Bogotá: XLII, 1987, 23-46.

¹ Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Mexican Savant of the Seventeenth Century*, Berkeley, CA., University of California Press, 1929; José Rojas Garcidueñas, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco*, México, Ediciones Xóchitl, 1945, y José M. Gallegos Rocafull, *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*, México, Centro de Estudios Filosóficos, 1951, especialmente pp. 387-391.

² He modernizado ortografía, acentuación y puntuación.

hecho con *Los sirgueros de la Virgen*, pero tal pretensión lo único que acusa es plena ignorancia, pues basta leer las dos obras para darse cuenta que la de Sigüenza es un relato de viajes, o sea una obra histórico-geográfica y la de Bramón es una auto con una larga introducción bucólica fuertemente impregnada de matiz teológico.³

Coincidiendo esencialmente con la postura de Rojas Garcidueñas, aunque apoyándose en un copioso aparato erudito, el profesor J. S. Cummings se manifiesta a favor de la historicidad del relato en el artículo "*Infortunios de Alonso Ramírez: 'A Just History of Facts?'*"⁴ A tal efecto examina fuentes coetáneas a los sucesos ocurridos en aguas filipinas, y postula la hipótesis de que si bien los piratas que capturaron a Ramírez "todavía no pueden ser identificados con certeza", Ramírez estuvo a punto de caer en manos del célebre William Dampier. Esa hipótesis le sirve para imaginar lo siguiente:

Claramente, puesto que Dampier merodeaba por esas aguas en la misma época, bien pudiera Ramírez haber sido capturado por éste en lugar de los desconocidos Bell y Donkin. Si así hubiera sucedido, conoceríamos a Ramírez, no por los *Infortunios* de Sigüenza, sino por ese clásico de la literatura inglesa de viajes, *New Voyages around the World*, de Dampier (Londres, 1697), una de las fuentes de *Robinson Crusoe* (296).

Interrumpe el hilo de sus conjeturas para narrar la biografía de Sigüenza, el esplendor de la vida intelectual de la capital mexicana, el auge de la piratería en el Caribe y el Pacífico y resumir la trama de los *Infortunios* (296-299). De pronto retoma el hilo de las suposiciones y continúa:

La referencia a Dampier y *Robinson Crusoe* presenta otra cuestión. Desde luego sería absurdo buscar semejanzas entre la 'historia de sucesos verdaderos' de Defoe (que en realidad es la primera gran novela inglesa), y la 'primera novela hispanoamericana' de Sigüenza (que en realidad es una directa narración biográfica), excepto para notar que ninguno de los dos había viajado, pero que por el momento cada uno jugaba un papel parecido: Sigüenza era (lo que Defoe fingía ser) el reportero y editor del relato de un informante para darlo a la imprenta y al interés público. El interés de Sigüenza era auténtico, pero la postura de Defoe era la usual estrategia adoptada para hacer pasar la ficción por realidad (299-300).

De este pasaje pudiera inferirse que el profesor Cummings ha saltado de las conjeturas de las primeras citas a las certezas que este párrafo implica. De todos modos, prosiguiendo las investigaciones que pudieran arrojar nuevas luces sobre la cuestión, cierra el artículo con este informe:

³ Rojas Garcidueñas, *op. cit.*, pp. 144-145.

⁴ *Bulletin of Hispanic Studies*, 61 (1984), 295-303.

La frase "A Just History of Facts" alude a la novela *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, así descrita por su autor. Podría traducirse por "Una historia exacta de sucesos verídicos", o, de manera más sencilla, por "historia de sucesos verdaderos", que es la forma que usaré. Para mantener la unidad idiomática del presente estudio traduciré los pasajes que cite de los textos en inglés. Las páginas correspondientes en el original se darán en paréntesis al final de lo acotado.

Investigaciones recientes en The India Office sugieren un capitán Duncan Mackintosh—un respetable marino que se tornó pícaro en 1687—como el Donkin de Ramírez, pero la disparidad de fechas destruye esta hipótesis. Sin duda futuras investigaciones algún día establecerán la identidad de Donkin, Bell y los demás, y en ese caso demostrarán que los *Infortunios* son ciertamente “a just history of facts” (301-302).

Y no sólo la disparidad de fechas: Donkin también pudiera ser la forma hispanizada de Thompkins.⁵ Y como todavía no se ha encontrado la documentación que compruebe “la identidad de Donkin, Bell y los demás”, esta nueva hipótesis ha de quedar, al menos por ahora, en tela de juicio.

Por otra parte, sus investigaciones no han resultado baldías: le autorizan a declarar que los nombres de algunas personas que aparecen en los *Infortunios*, así como de lugares visitados, son verificables (lo cual es usual en las novelas históricas). Y la minuciosa lectura del texto le permite asegurar que Sigüenza añade informes geográficos y náuticos que reflejan sus aficiones, y también pasajes, como los discursos atribuidos a los piratas, que parecen ser apócrifos.

Como no es mi objetivo mencionar a todos los que han participado en esta polémica, sino escoger a los que mayor atención han prestado a exponer nuevos argumentos, selecciono, en el otro bando, tres de los estudios más recientes. Cronológicamente el primero es el del profesor David Lagmanovich titulado “Para una caracterización de *Infortunios de Alonso Ramírez*”.⁶ Este estudio se inicia con un aporte de señalada importancia. Explica: “Desde el punto de vista de la narrativa contemporánea, el episodio más sorprendente de los *Infortunios* [...] ocurre en el antepenúltimo párrafo de la obra”. Se refiere a aquel en que Ramírez, después de haberle contado al Virrey sus andanzas, continúa así:

Mandóme (o por el afecto con que lo mira o quizá porque estando enfermo divirtiese sus males con la noticia que yo le daría de los muchos míos) fuese a visitar a don Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo y catedrático de Matemáticas del Rey nuestro señor en la Academia Mexicana, y capellán mayor del Hospital Real del Amor de Dios de la ciudad de México (títulos son estos que suenan mucho y valen muy poco, y a cuyo ejercicio le empeña más la reputación que la conveniencia). Compadecido de mis trabajos no sólo formó esta relación en que se contienen, sino que me consiguió [...] que D. Sebastián de Guzmán y Córdoba [...] me socorriese.

Creo que la crítica no ha reparado lo suficiente en lo inusitado—sobre todo para el siglo XVII—de este párrafo, en que el protagonista se sale, por así decirlo, de las páginas del libro, y va en busca del autor para que éste lo ‘escriba’ y le dé su ser literario. Tampoco deja de tener interés la aguda utilización de este párrafo por el propio Sigüenza, quien aprovecha para sostener allí (claro que sin decirlo él mismo) que sus importantes trabajos podrían estar mejor remunerados. Hay, pues, un sutil juego de relaciones mutuas entre un “yo” y un “él” narrativos, que alternativamente se desplazan y contraponen o, por mejor decir, que van sustituyendo el uno al otro [...]. Quisiera partir de aquí para señalar,

⁵ V. Leonard, *op. cit.*, p. 32.

⁶ *Sin Nombre*, V. núm. 2, octubre-diciembre de 1974, pp. 7-14.

con apoyo de este procedimiento inusitadamente unamunescos, lo que me parece fundamental en los *Infortunios*: su carácter eminentemente narrativo, el hecho de constituir una construcción literaria ficticia; no una novela contemporánea, pero sí ciertamente una novela (7-8).

La labor hermenéutica que Lagmanovich lleva a cabo en el resto del artículo la ha compendiado él mismo en el párrafo con el cual lo cierra. Dice:

Partiendo del episodio en que el personaje [va] a visitar a su autor, que consideramos un indicio claro del carácter novelesco de la obra, hemos buscado en *Infortunios de Alonso Ramírez* elementos de dos tipos: los que pueden indicarnos su carácter "literario" en sentido propio, y aquellos que refuerzan la noción de un claro vínculo con la novela picaresca. A favor de lo primero identificamos el tono de realismo naturalista, afín a la noción moderna de "tremendismo"; la presencia destacada de la naturaleza americana, y el carácter atípico o híbrido del libro, tan frecuente a lo largo de la historia literaria de Hispanoamérica. A propósito de lo segundo, es decir la deuda con la novela picaresca (aludida ya en la técnica de presentación autobiográfica), hemos recordado la prominencia de las salidas y andanzas del protagonista, la importancia del tema del hambre y una discreta presencia de actitudes que relacionamos con el peculiar tono del humor tal como se manifiesta en ese género literario (13-14).

Con el propósito de concretar las presuntas relaciones del relato de Sigüenza con la novela picaresca, la profesora Julie Greer Johnson ha publicado el artículo "Picaresque Elements in Carlos Sigüenza y Góngora's *Los Infortunios de Alonso Ramírez*".⁷ En él se propone demostrar que el modelo específico que Sigüenza imita es el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán.

En apoyo de su tesis apunta que "el retrato que Sigüenza pinta de Alonso Ramírez, igual que tales modelos literarios como Lázaro, Pablos y Guzmán, es el del anti-héroe" (60, 2); que los *Infortunios* "es un relato en forma autobiográfica" (63, 1); que si la estructura de la obra de Sigüenza "tiene cierto parecido con las obras picarescas escritas en el Siglo de Oro, sus numerosos paralelismos con una en particular, *Guzmán de Alfarache*, son realmente impresionantes": la pobreza de la familia, la salida del hogar, la constante penuria, el "profundo estigma" que las circunstancias de su niñez les dejaron, el rechazo de parientes acomodados, las tormentas en alta mar, la devoción a la Virgen y, por último, que el episodio en el cual alguien pretende despojar a Ramírez de su esclavo, corresponde "al mismo tema básico en que Guzmán sufre engaños de un tipo u otro". Informa, empero, que

En contraste con las obras del género picaresco antes mencionadas, *Los infortunios de Alonso Ramírez* es el registro documental de hechos históricos. Por lo tanto el contenido, debido a su propia naturaleza, exige la exposición clara y concisa que Sigüenza emplea para conservar la exactitud del reporte (65, 2).

⁷ *Hispania*, vol. 64, núm. 1, marzo de 1981, pp. 60-67.

La eliminación de la preposición *de* en el apellido de Sigüenza y la inclusión del artículo *Los* en el título del libro aparecen así tanto en el título como en el texto del ensayo. Los copiaré tal como están al citar los pasajes.

Y de esas coincidencias y contradicciones infiere:

Es evidente que [Sigüenza] estaba muy familiarizado con el *Guzmán de Alfarache*, y que éste influyó en cierto modo en la versión literaria de los eventos de la vida de Alonso así como en la formulación de su personalidad (66, 1).

El último de los estudios que deseo destacar es el de la profesora Raquel Chang-Rodríguez titulado "La transgresión de la picaresca en los *Infortunios de Alonso Ramírez*".⁸ En ese estudio formula dos nuevos planteamientos. En el primero de ellos cuestiona la tesis de lo picaresco en los *Infortunios*. Con sencillez, no exenta de firmeza, declara: "El linaje de Alonso no es el del pícaro" (95). Y para desmantelar la ya vetusta tesis cita inmediatamente del texto de Sigüenza:

Llamóse mi padre Lucas de Villanueva, y aunque ignoro el lugar de su nacimiento constame porque varias veces se lo oía que era andaluz, y sé muy bien haber nacido mi madre en la misma ciudad de Puerto Rico y es su nombre Ana Ramírez, a cuya cristiandad le debí en mi niñez lo que los pobres sólo le pueden dar a sus hijos que son consejos para inclinarlos a la virtud.

A continuación señala que "la simple genealogía del puertorriqueño, el oficio paterno [honrado carpintero de ribera] y el catolicismo y piedad de la madre" no se compaginan con "la ascendencia delincuencial del pícaro". Y afirma:

Alonso no es ni pícaro ni hidalgo, sí uno de los tantos 'sin historia' cuya biografía hubiera permanecido inédita sin su cautiverio y naufragio, la insistencia del virrey y el entusiasmo del escriba [...]. Tal y como lo reflejan sus trabajos y humilde linaje, el protagonista es el hombre común en busca de mejor destino (96-97).

Impugnada la tesis de que el carácter de Alonso, el género de padecimientos que sufre y los sucesos de su insólita peregrinación sean elementos que lo conviertan en personaje picaresco, la profesora Chang-Rodríguez procede a un segundo planteamiento: el de hallar otros modelos retóricos que expliquen la forma autobiográfica, la estructura episódica y el propósito de informar a una autoridad que recompense los trabajos del protagonista. En ajustado examen de obras dentro de la mejor tradición americana señala características similares en la carta en que Colón da cuenta de su primer viaje, carta que "por su tono, énfasis y propósito comparte los objetivos de la relación". Halla también características análogas en la carta-crónica de Guaman Poma en la que consigna sus quejas y reclama justicia; en los escritos de Cortés, Díaz del Castillo, Sor Juana y, en fin, refiriéndose al propio Sigüenza, explica: "Además de la relación de su propio caso y de numerosas

⁸ En su libro *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana, siglos XVI y XVII*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982, pp. 85-108.

El lector hallará en este estudio una lista más amplia de quienes se han ocupado de los *Infortunios*. Véanse: p. 92, nota 14; p. 96, nota 23; p. 98, nota 24, y p. 100, nota 27.

cartas e informes dirigidos a autoridades virreinales y peninsulares donde había combinado la forma epistolar y el estilo de la relación”, es en los *Infortunios* donde de manera determinante “la obra del polígrafo mexicano está enlazada a las relaciones”.⁹

Habiendo resumido las principales posturas críticas en cuanto a la naturaleza del relato de Sigüenza, quisiera unir mi voz a ese diálogo de voces tan diversas para proponer una lectura en otra dirección. A ese fin comenzaré por informar que entre los modelos narrativos en que figura la relación hay otro más íntimamente vinculado a los *Infortunios*. Me refiero al de las novelas de viajes y aventuras, puestas en boga con las traducciones del redescubierto manuscrito de la *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro (primera versión española, Amsterdam, 1554), enriquecidas con los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, de Cervantes (publicada póstumamente en 1616), y la proliferación, dentro y fuera de España, de obras que en conjunto obedecen a los modelos retóricos denominados *peregrinatio vitae* y *peregrinatio amoris*.¹⁰ Y no debe olvidarse un caso concreto escrito en América: la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*, terminada en Lima en 1586 por el jesuita José de Acosta.¹¹

Sin prestar demasiada importancia al evidente paralelismo entre los títulos *Infortunios de Alonso Ramírez* y *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*, es posible demostrar que Sigüenza tuvo en sus manos el relato de Acosta, y en grandísima estima la colección en que este aparece. Para la comprobación acudo, no a suposiciones y conjeturas, sino al testimonio hallado en el testamento de Sigüenza. Al donar su biblioteca al Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús en México, expresamente declara:

Item. Mando se les entregue a sus P. P. todos los libros pertenecientes a cosas de Indias, así de historias generales y particulares de sus provincias, conquistas y fruto espiritual que se ha hecho en ellas, como de cosas morales, naturales, medicinales de ellas y de *Vidas de varones insignes* que en ellas han florecido, cuya colección me ha costado sumo desvelo y cuidado, y suma muy considerable de dinero, no siendo fácil conseguir otro pedazo de librería de esta línea en todas las Indias.¹²

Sin que sea necesario encarecer la importancia de esta verificación, atiéndase a las extraordinarias semejanzas entre los protagonistas. Tanto Alonso Ramírez

⁹ El propio Sigüenza corrobora estos comentarios cuando por boca del protagonista declara: “Compadecido de mis trabajos no sólo formó esta relación en que se contienen, sino que me consiguió [...] que D. Sebastián de Guzmán y Córdoba [...] me socorriese”. (Del ya citado penúltimo párrafo de los *Infortunios*).

¹⁰ Hahn Juergen, *The Origins of the Baroque Concept of Peregrination*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1973.

¹¹ José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*, Edición y prólogo de José Juan Arrom, Lima, Ediciones Petro-Perú, 1982.

¹² Rojas Garcidueñas, *op. cit.*, pp. 165-166. He modernizado la grafía.

Es patente que Sigüenza citaba de memoria. El título de la colección es *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*, Madrid, 1666. La *Peregrinación* aparece en el tomo V, pp. 759-783.

como Bartolomé Lorenzo son jóvenes, ingenuos y buenos cristianos cuando por azares de la vida se ven obligados a partir de sus respectivos terruños. Ambos padecen penalidades sin cuento en sus largas travesías transoceánicas. Ambos son apresados por piratas protestantes y sufren escarnios de quienes se mofan de sus creencias católicas. Ambos, a punto de perecer, una y otra vez se salvan gracias a sus devotas oraciones. Importante es también, en cuanto a la estructura de la narración, que si la metáfora fundamental de la vida de los pícaros es el camino, la de estos sufridos peregrinos es la efímera estela que van dejando sobre el mar. Y no menos importante es que el uno y el otro son oscuros personajes de la colonia, cuyas vidas hubieran quedado ignoradas de no haber servido de apoyo y andamiaje para conferir un aire de verosimilitud a las ficcionalizadas biografías que de ellos escriben dos sacerdotes vinculados a la Compañía de Jesús.¹³

Por otra parte, los dos sacerdotes viven en períodos diferentes de la historia y del quehacer literario. El manuscrito de la *Peregrinación* se terminó en 1586, durante el reinado de Felipe II, cuando en los dominios españoles no se ponía el sol. El texto de los *Infortunios* se imprimió en 1690, durante el reinado del no menos infortunado Carlos II, cuando el sol imperial se acercaba a su ocaso. Literariamente, Acosta escribió en el apogeo del Renacimiento; Sigüenza, en el del Barroco. Además, Acosta y su protagonista son peninsulares que viajan a las Indias para realizar en las Indias su destino. Sigüenza y el suyo son criollos arraigados en tierra americana, que desde ella otean los horizontes del mundo y en ella cumplen su jornada vital. Y todo eso deja huellas muy visibles en sus obras.

Muy visible es la manera en que se sitúan ante el paisaje. Acosta lo describe subjetivamente en función de los padecimientos que Lorenzo ha de sufrir en su "peregrinación tan trabajosa". Por consiguiente, la naturaleza es invariablemente hostil, alucinante, torturadora. Los caminos son "en extremo dificultosos", las peñas "inaccesibles", las lluvias "torrenciales", "inmensos" los pantanos "en que se atollaba" e "infinitos" los mosquitos. Sigüenza, un siglo después y con óptica más objetiva, distingue entre lo rústico (la naturaleza) y lo urbano (la civilización). Lo rústico es todavía inclemente por bravío e indomeñado. De modo que cuando Alonso viaja con "mercader trajinante", también experimenta "la fragosidad de la sierra", "aguas continuas, atolladeros penosos, y en los calidísimos valles, muchos mosquitos".¹⁴ Pero al mencionar las ciudades que jalonan el itinerario de Alonso, el sabio criollo admira lo que el hombre ha construido con su esfuerzo. A San Juan de Puerto Rico "hácenla célebre los refrescos que hallan en su deleitosa aguada cuantos desde la antigua navegan sedientos a la nueva España; la hermosura de su

¹³ Me he ocupado de la cuestión de la verosimilitud que exigían los humanistas españoles en el citado estudio sobre Acosta. Para ensanchar el marco geográfico de esta cuestión puede consultarse el meduloso libro de Alban K. Forione, *Cervantes, Aristotle and the Persiles*, Princeton, Princeton University Press, 1970.

¹⁴ Cito por la edición de sus *Relaciones históricas*, Selección, prólogo y notas de Manuel Romero de Terreros, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1940, pp. [1]-69. Las páginas en paréntesis después de las citas corresponden a esta edición.

bahía; lo incontrastable del Morro que la defiende; las cortinas y baluartes coronados de artillería que la aseguran” (p. 6). A La Habana la alaba por su puerto “célebre entre cuantos gozan las islas de Barlovento, así por las conveniencias que le debió a la naturaleza que así lo hizo, como por las fortalezas con que el arte y el desvelo lo ha asegurado” (p. 7). De la Puebla de los Ángeles “dicen los que la habitan ser aquella ciudad inmediata a México en la amplitud que coge, en el desembarazo de sus calles, en la magnificencia de sus templos y en cuantas otras cosas hay que la asemejen a aquella” (p. 8). Y ante la opulenta capital del virreinato despliega en hipérboles su nativo orgullo. Haciéndose eco de la *Grandeza mexicana* de Balbuena, eleva la realidad a un plano lírico y exclama: “Lástima es grande el que no corran por el mundo, grabadas a punta de diamante en láminas de oro, las grandezas magníficas de tan soberbia ciudad” (p. 8).

Ahora bien, el escenario fundamental de las tribulaciones de Alonso no son los hostiles senderos de la sierra, ni las hermosas ciudades, sino los mares del mundo. Repárese cómo el espacio marítimo se expande en relación con los modelos retóricos que han precedido a los *Infortunios*. Los protagonistas de la novela de Heliodoro van y vienen por las aguas del Mediterráneo, pero sin trasponer los límites marcados por las columnas de Hércules. El peregrino de Acosta, dejando atrás las columnas que confinaban el medroso mito del *Non plus ultra*, cruza la inmensa extensión del Atlántico, surca las aguas del Caribe, bordea las costas americanas del Pacífico, llega hasta el Perú, y en Lima espera devotamente el fin de sus días. Con ímpetu barroco Sigüenza hace más: Alonso surca las aguas del Caribe, cruza el Océano Pacífico, navega por el Índico, bojea el Cabo de Buena Esperanza, transita por Atlántico Sur, vuelve al Caribe, y, habiendo cerrado el círculo, naufraga en Yucatán y termina el viaje alrededor del mundo donde lo había comenzado: en la poderosa ciudad de México.¹⁵ Lo que Sigüenza ha logrado al narrar las peripecias del vasto peregrinar de Alonso es la prolongación y adaptación criollas de la novela de viajes y aventuras.

Al postular que los *Infortunios* son una novela de viajes y aventuras conviene fundamentar el aserto destacando sus elementos novelescos más sobresalientes. Algunos han sido señalados ya en lecturas anteriores. J. S. Cummings concede que los detalles náuticos y geográficos son aportes de Sigüenza, y que los discursos de los piratas son apócrifos; es decir, el resultado de una elaboración imaginativa. Lagmanovich agudamente comenta la relación autor-personaje entre Sigüenza y Ramírez, y afirma “el carácter eminentemente narrativo” de lo que califica de

¹⁵ Aunque el imperio se hallaba en franca decadencia, paradójicamente ello redundó en mayor auge económico y político para la ciudad de México. A medida que el comercio entre Sevilla y las colonias se hacía menos frecuente, México asumió el papel de centro metropolitano de las Indias: controlaba el comercio con las Filipinas y el lejano Oriente, servía de centro de distribución de las mercancías que se enviaban a las capitales sudamericanas y costeaba muchos de los gastos de administración y defensa. Véase el amplio estudio de Richard Boyer, “México in the Seventeenth Century: Transition of a Colonial Society” en *Hispanic American Historical Review*, vol. 57, núm. 3, 1977, 455-478.

“construcción literaria ficticia”. Julie Greer Johnson emparenta a Ramírez con Guzmán de Alfarache y otros personajes igualmente novelescos. Y Raquel Chang-Rodríguez lo ve como “el hombre común en busca de mejor destino”, que transgrede el modelo picaresco y cobra vida literaria en el de la relación.

Es, pues, el aporte fabulador de Sigüenza lo que confiere a los *Infortunios* el nexo orgánico con el género novelesco y ofrece la posibilidad de intuir otros sistemas sígnicos en la obra. De ahí que convenga comenzar por el principio y observar que el autor ha expuesto por boca del protagonista lo que le induce a referir los presuntos episodios relatados por Alonso. Dice el párrafo inicial:

Quiero que se entretenga el curioso que esto leyere por algunas horas, con las noticias de lo que a mí me causó tribulaciones de muerte por muchos años, y aunque de sucesos que sólo subsistieron en la idea de quien los finge, se suelen deducir máximas y aforismos que, entre lo deleitable de la narración que entretiene cultiven la razón de quien en ello se ocupa, no será esto lo que yo aquí intente, sino solicitar lástimas que, aunque posteriores a mis trabajos, harán por lo menos tolerable su memoria (p. 5).

No son estas las ideas ni el estilo de un joven marinero de escasa cultura literaria. Son de Sigüenza, quien por razones de estrategia narrativa, con la pretensión de ganar la empatía del lector hacia el protagonista, en realidad ha expuesto su objetivo de retener la atención del lector con el relato de sucesos que “entre lo deleitable de la narración que entretiene, cultiven la razón de quien de ello se ocupa”. De modo que si el personaje irá, en el penúltimo párrafo, en busca del autor que le dé vida literaria, es el autor quien desde el primer párrafo se vale del personaje que le ha de servir de idóneo portavoz.

Es Sigüenza, por consiguiente, quien explica las adversas circunstancias que impulsaron a Ramírez a emigrar de su Puerto Rico natal. En cuanto a la penuria que existe en la isla irónicamente comenta:

Es cierto que la riqueza que le dio nombre, por los veneros de oro que en ella se hallan, hoy, por falta de sus originarios habitantes que los trabajen y por la vehemencia con que los huracanes procelosos rozaron los árboles de cacao que, a falta de oro, provisionaban de lo necesario a los que lo traficaban, y por el consiguiente al resto de los isleños se transformó en pobreza (p. 6).

Precisadas las causas que determinaban el escaso comercio e inestable empleo de los carpinteros de ribera, oficio que le enseñaba el padre, resolvió buscar fortuna en otra parte. Y así:

Valíme de la ocasión que me ofreció para esto una urqueta del capitán Juan del Corcho, que salía de aquel puerto para el de La Habana, en que, corriendo el año de 1675, y siendo menos de trece los de mi edad, me recibieron por paje. No me pareció trabajosa la ocupación, considerándome en libertad y sin la pensión de cortar madera; pero confieso que, tal vez presagiando lo porvenir, dudaba si podría prometerme algo que fuese bueno, habiéndome valido de un corcho para principiar mi fortuna (p. 7).

Comentario este último—señalado ya por Raquel Chang-Rodríguez— que adquiere el sentido de emblema de una vida marcada por su destino de corcho que las olas llevan, sin rumbo fijo, de un lado a otro.

Prosiguiendo el objetivo de discernir entre los datos escuetos que refiere el joven marino y la manera en que Sigüenza los reelabora y ficcionaliza, confrontemos dos versiones de un mismo episodio. Cuando los piratas conceden a Ramírez y sus compañeros la vida y la libertad, les dan una fragata que habían traído desde Singapur. Y se oye al protagonista decir con voz todavía temblorosa por el temor y el agradecimiento:

Desembarazada la fragata que me daban de cuanto había en ella, y cambiado a las suyas, me obligaron a que agradeciese a cada uno separadamente la libertad y piedad que conmigo usaban, y así lo hice.

Diéronme un astrolabio y agujón, un derrotero holandés, una sola tinaja de agua y dos tercios de arroz; pero al abrazarme el Condestable para despedirse, me avisó cómo me había dejado, a excusas de sus compañeros, alguna sal y tasajos, cuatro barriles de pólvora, muchas balas de artillería, una caja de medicinas y otras diversas cosas (pp. 33-34).

Dos capítulos más adelante, habiendo arribado ya a la costa de Yucatán, aquellas “diversas cosas” se multiplican, por obra y gracia de la imaginación del autor, en este cuantioso botín:

quedáronse en ella y en las playas nueve piezas de artillería de hierro, con más de dos mil balas de a cuatro, de a seis y de a diez, y todas de plomo; cien quintales, por lo menos, de este metal; cincuenta barras de estaño; sesenta arrobas de hierro; ochenta barras de cobre del Japón muchas tinajas de la China; siete colmillos de elefante; tres barriles de pólvora; cuarenta cañones de escopetas, diez llaves; una caja de medicinas y muchas herramientas de cirujano (p. 52).

En esta fantasiosa lista (contando con los cien quintales, “por lo menos”, de plomo, las finas tinajas de la China y los codiciados colmillos de elefante), se oye la voz de Sigüenza y hasta se percibe un dejo humorístico. Dejo humorístico que encubre una sutil sátira al comparar la abundancia de los pertrechos de guerra que a los ingleses les sobran con la escasez de armas que a los españoles les faltan. El contraste es más evidente si recordamos las circunstancias en que el incauto puertorriqueño fue apresado en aguas filipinas. Cuenta así el episodio:

No dejé de alterarme cuando dentro de breve rato vi venir para mí dos piraguas a todo remo, y fue mi susto en extremo grande reconociendo en su cercanía ser de enemigos.

Dispuesto a la defensa como mejor pude con mis dos mosquetes y cuatro chuzos, llovían balas de la escopetería de los que en ella venían sobre nosotros, pero sin abordarnos, y tal vez se respondía con los mosquetes, haciendo uno la puntería y dando otro fuego con una ascua, y en el interín partíamos las balas con un cuchillo para que, habiendo munición duplicada para más tiros, fuese más durable nuestra ridícula resistencia.

Llegar casi inmediatamente sobre nosotros las dos embarcaciones grandes que habíamos visto y de donde habían salido las piraguas y arriar las de gavia, pidiendo buen cuartel, y entrar más de cincuenta ingleses con alfanjes en las manos en mi fragata, todo fue uno.

Hechos señores de la toldilla, mientras a palo nos retiraron a proa, celebraron con mofa y risa la prevención de armas y municiones que en ella hallaron, y fue mucho mayor cuando supieron el que aquella fragata pertenecía al Rey, y que habían sacado de sus almacenes aquellas armas (pp. 17-18).

La que tan desamparada estaba no era sólo la fragata del Rey, sino todas sus posesiones en América y Oceanía. De modo que esta "ridícula defensa" se convierte en signo metonímico del imperio entero.¹⁶

Estos elementos satíricos constituyen otro de los aspectos inadvertidos en el arte narrativo de Sigüenza. Veamos, por ejemplo, lo que refiere después de la captura por los piratas. Estos parten rumbo a una isla "de Cochinchina en la costa de Camboya" (p. 21). En ella los moradores "recibían ropa de la que traían hurtada, y correspondían con brea, grasa y carne salada de tortuga y con otras cosas". Entre esas otras cosas, "traían las madres a las hijas y los mismos maridos a sus mujeres, y se las entregaban, con la recomendación de hermosas, a los ingleses, por el vilísimo precio de una manta o equivalente cosa". Después de cuatro meses de comercio en carnes saladas (y sin sueldo), resolvieron continuar el viaje. Y en pago de la hospitalidad de sus complacientes huéspedes, "acometieron aquella madrugada a los que dormían incautos, y pasando a cuchillo a las que dejaban encinta, y poniendo fuego en lo más del pueblo, tremolando sus banderas y con grande regocijo, vinieron a bordo" (p. 22). Y añade este interesante pormenor: "Entre los despojos con que vinieron del pueblo y fueron cuanto por sus mujeres y bastimentos les habían dado, estaba un brazo humano de los que perecieron en el incendio; de éste cortó cada uno una pequeña presa y, alabando el gusto de tan linda carne, entre repetidas saludes le dieron fin: (p. 23).

No sé si algún día se hallarán documentos en los archivos ingleses que confirmen esta "historia de sucesos verdaderos". En tanto, conociendo la vocación americanista del sabio mexicano,¹⁷ podemos imaginar su traviesa sonrisa ante el arreglo de cuentas que resulta del contraste entre la antropofagia carnavalesca de estos marinos europeos y la atribuida a sus compatriotas indígenas. Pues mientras

¹⁶ Así como el protagonista de la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo* repite en un plano alegórico la vida y los padecimientos de Cristo, los que sufre Alonso en los *Infortunios* sirven a Sigüenza de signo metonímico de los que sufre "la monarquía de España". Y añade en cuanto a las islas y costas del Mar Caribe en manos ya de ingleses, franceses y holandeses: "Y éstas son las que, poseídas hoy de naciones extranjeras, suministran gente que nos invade los puertos, roba las estancias, apresa las embarcaciones, impide los comercios, retarda las noticias y atemoriza a los navegantes". ("Memorial" enviado al Virrey, junio 2 de 1689, en *Documentos inéditos de don Carlos de Sigüenza y Góngora*, Recopilación, prólogo y notas de Irving A. Leonard, México, 1963, p. 50).

¹⁷ Véase la referencia a Gallegos Rocafull en la nota 1. También mi *Esquema generacional*, 2ª ed., pp. 78-85.

los civilizados súbditos de Su Majestad Británica se relamían de gusto saboreando bocadillos de carne humana apenas bucanada, los aztecas, según asegura el autor de la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, para poder pasar la carne de los españoles tenían que adobarla con sal, tomates y ají.¹⁸

De la descripción de la escena de antropofagia pasa a otra de coprofagia. El pasaje aparece en el capítulo IV. Este capítulo, situado entre los tres primeros y los tres últimos de los siete que componen la narración, no sólo ocupa una privilegiada situación central, sino que desde el punto de vista de la técnica narrativa resulta muy innovador: interrumpe el fluir lineal del tiempo y retrospectivamente relata los violentos castigos que el protagonista y los suyos sufrieron durante el cruel cautiverio. La escena, narrada con astuto distanciamiento, es la siguiente:

No pudiendo asistir mi compañero Juan de Casas a la distribución del continuo trabajo que nos rendía, atribuyéndolo el capitán Bell a la que llamaba flojera, dijo que él lo curaría y por modo fácil (perdóneme la decencia y el respeto que se debe a quien esto lee que lo refiera). Redújose éste a hacerle beber, desleídos en agua, los excrementos del mismo capitán, teniendo puesto un cuchillo al cuello para acelerarle la muerte si le repugnase, y como a tan no oída medicina se siguiesen grandes vómitos que le causó el asco y con que accidentalmente recuperó la salud, desde luego nos la recetó, con aplauso de todos, para cuando por nuestras desdichas adoleciésemos (p. 38).

No me atrevería a decir que esta escena se relacione directamente con el humorismo escatológico que a veces aparece en las novelas picarescas. Pienso que se trata de un lúdico enfrentamiento de puntos de vista que a su vez esclarecen facetas contradictorias de la naturaleza humana. Las grotescas arqueadas de asco de Juan de Casas sin duda causaron grandes risas entre la marinería. Para Juan de Casas, criollo de Puebla, aquel tratamiento terapéutico era la mayor degradación a que puede someterse la dignidad de un hombre. Y para el capitán, hombre pragmático, era la aplicación de un eficaz vomitivo que sanaba todas las dolencias, reales o imaginadas, de los prisioneros. La insólita receta resultó, de todos modos, remedio santo.

Las dos escenas que acabamos de glosar se prestan a otro comentario. Si hemos de hallarles algún parentesco literario, por distante que sea, pienso que se acercan más al demoledor humorismo de Rabelais que al de las novelas picarescas, y a la mordaz sátira de Swift que a las privaciones sufridas por el náufrago de Defoe.

Como la novela de Defoe ha sido mencionada en relación con los *Infortunios*, reparemos que tanto esa obra como la de Swift son posteriores a la de Sigüenza. Daniel Defoe publica las aventuras de Crusoe en 1719; Jonathan Swift da a la

¹⁸ Bernal Díaz del Castillo escribe: "En pago de que vinimos a tenerlos como hermanos y decirles lo que Dios Nuestro Señor y el Rey manda, nos querían matar y comer nuestras carnes, que ya tenían aparejadas ollas, con sal y ají y tomates". (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, 1975, p. 114).

Interesa notar que luego de haber vivido varias décadas en Tierra Firme todavía usara el indoantillanismo ají y no el usual aztequismo chile para describir este imaginario "enchilado de conquistadores".

imprensa los viajes de Gulliver en 1726. No hay, pues, base alguna para sugerir una influencia directa. Si algún parentesco existe, habría que buscarlo en afinidades ideológicas y no en la semejanza de los sucesos o de los recursos narrativos.

Con la novela de Defoe apenas hay una que otra coincidencia. Y éstas se evidencian desde el título mismo, cuya traducción completa sería: *Vida y extrañas sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, marinero de York, quien vivió veintiocho años totalmente solo en una isla despoblada de la costa de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco, habiendo sido echado a tierra por un naufragio en el cual todos los tripulantes perecieron menos él. Con un informe de cómo al fin fue extrañamente rescatado por piratas. Escríbelo él mismo*. Como es sabido, el tema fundamental de esas aventuras consiste en el ingenioso aprovechamiento de los medios que la naturaleza le brinda para sobrevivir en una isla desierta. De modo que el parecido se reduciría esencialmente a las inclemencias que Ramírez y los suyos padecieron cuando estuvieron perdidos en la costa de Yucatán.

Las coincidencias ideológicas con Swift son más significativas. En *Viajes por varias remotas naciones del mundo* el novelista inglés relata las “extrañas sorprendentes aventuras” de Lemuel Gulliver. El apellido del protagonista es ya una irónica alusión al adjetivo **gullible** ‘crédulo, simple’. Pero su sátira no tiene nada de simple: las regiones imaginarias que transita Gulliver son el reverso paródico de la Inglaterra que satiriza. Y las situaciones tan lúcidamente inventadas le permiten hacer una disección a fondo de las fallas de la sociedad inglesa de su tiempo. Y eso, con agudo ingenio, es lo que hizo Sigüenza con la suya.

Apurando las coincidencias cabe señalar que ambos recurren a la antropofagia como recurso grotesco para destacar la inhumanidad del naciente colonialismo. Sigüenza expuso la naturaleza rapaz y despiadada de quienes suelen corresponder a la hospitalidad de los nativos con el despojo y la matanza. Swift se vale de un estilo impersonal para sugerir una solución al crecimiento demográfico y la escasa exportación de la Irlanda colonizada: vender los niños de los irlandeses pobres para abastecer la mesa de los ingleses ricos, “dejando así de ser una carga para los padres o el país, y resultando de beneficio público”. Y como este manjar resultaría algo costoso, lo recomienda como “muy apropiado para los terratenientes que, como han devorado ya a la mayoría de los padres, parecen tener el mejor título sobre los hijos”.¹⁹ A lo mejor Sigüenza y Swift, eruditos clérigos ambos, percibieron una estrecha relación entre comer de la carne de los demás y vivir del trabajo de los demás.

El sabio mexicano satiriza por igual a ingleses y “españoles”, sean estos peninsulares o criollos. Ejemplo sobresaliente es el caso del pirata renegado con el cual da fin al capítulo IV:

¹⁹ Cito del título y el párrafo 12, reproducidos en Wayne C. Booth, *A Rhetoric of Irony*, Chicago and London. The University of Chicago Press, 1974, pp. 106 y 108.

Ilación es, y necesaria, de cuanto aquí se ha dicho, poder competir estos piratas en crueldad y abominaciones a cuantos en la primera plana de este ejercicio tienen sus nombres, pero creo el que no hubieran sido tan malos como para nosotros lo fueron, si no estuviera con ellos un español, que se preciaba de sevillano y se llamaba Miguel.

No hubo trabajo intolerable en que nos pusiesen, no hubo ocasión alguna en que nos maltratasen, no hubo hambre que padeciésemos, ni riesgo de la vida en que peligrásemos, que no viniese por su mano y su dirección, haciendo gala de mostrarse impío y abandonando lo católico en que nació, por vivir pirata y morir hereje (pp. 40-41).

Son muy significativos los recursos retóricos que aparecen en este pasaje: el concepto de ilación, las anáforas “no hubo trabajo [...] no hubo ocasión [...] no hubo hambre [...] ni riesgo [...]”, la antítesis “vivir pirata y morir hereje”, y sobre todo el párrafo que luego añade para cerrar el pasaje y el capítulo: “Alúmbrele Dios el entendimiento para que, enmendando su vida, consiga el perdón de sus iniquidades”. Es la voz de Sigüenza, el orador sagrado, la que se escucha en esta ocasión.

Ya en tierra mexicana, no es tanto mejor el tratamiento que Ramírez y los suyos reciben. Así, es igualmente amarga su queja de haber sido “ocular testigo de la iniquidad que contra mí y los míos hacían los que, por españoles y católicos, estaban obligados a ampararme y socorrerme” (p. 67). Hay, no obstante, otro episodio que cobra un tono de risueña sátira cuando el autor, valiéndose de sus prerrogativas de novelista, lo reconstruye y exorna con un diálogo, animado e irónico, que lo transforma en el cuento que copio a continuación:

No puedo proseguir sin referir un donosísimo cuento que aquí pasó. Sabiéndose, porque yo se lo había dicho a quien lo preguntaba, ser esclavo mío el negrillo Pedro, esperando uno de los que me habían examinado a que estuviese solo, llegándose a mí y echándome los brazos al cuello, me dijo así:

—¿Es posible, amigo y querido paisano mío, que os ven mis ojos? ¡Oh, cuántas veces se me han anegado en lágrimas al acordarme de vos! ¡Quién me dijera que os había de ver en tanta miseria! Abrazadme recio, mitad de mi alma, y dadle gracias a Dios de que esté yo aquí.

Pregúntele quién era yo y cómo se llamaba, porque de ninguna manera lo conocí.

—¿Cómo es eso?, me replicó, cuando no tuvisteis en vuestros primeros años mayor amigo y, para que conozcáis el que todavía soy el que entonces era, sabed que corren voces que sois espía de algún corsario; y noticiado de ello el gobernador de esta provincia, os hará prender y sin duda alguna os atormentará. Yo, por ciertos negocios en que intervengo, tengo con su señoría relación estrecha, y lo mismo es proponerle yo una cosa que ejecutarla. Bueno será granjearle la voluntad presentándole ese negro, y para ello no será malo el que me hagáis donación de él. Considerad que el peligro en que os veo es en extremo mucho. Guardadme el secreto y mirad por vos, si así no se hace, persuadiéndoos a que no podrá redimir vuestra vejación si lo que os propongo, como tan querido y antiguo amigo vuestro, no tiene forma.

—No soy tan simple, le respondí, que no reconozca ser Vmd. un grande embustero

y que puede dar lecciones de robar a los mayores corsarios. A quien me regalare con trescientos reales de a ocho que vale, le regalaré con mi negro, y vaya con Dios (pp. 63-64).

No veo cómo este episodio pueda corresponder, como asevera la profesora Johnson, “al mismo tema básico en que Guzmán sufre engaños de un tipo u otro”. Alonso no es aquí el engañado; es el funcionario que pretendía engañarlo el que salió mal parado. Por otra parte, pudiera decirse que el episodio constituye un destacado ejemplo de narración breve interpolada en el texto de otra narración mayor. De ahí que Sigüenza, excusándose por interrumpir el hilo del relato principal, y confiriéndole al texto interpolado su propia unidad y coherencia, lo inserte y caracterice como “donosísimo cuento”. El “donosísimo cuento” revela además el claro concepto que Sigüenza tenía de la relación autor-obra-lector. Las ficticias demostraciones de afecto y los aspavientos gestuales del funcionario son tan vívidamente descritos que parecen ser un remedo de los que empleaban otros funcionarios conocidos tanto del autor como de los lectores. En la caracterización de este paradigma de embaucadores resuenan voces que tal vez se habían escuchado en los pasillos y antesalas de la corte virreinal.

La naturalidad del diálogo, profuso en boca del presunto amigo, sucinto y seco en Alonso, nos sugiere otro comentario. Teniendo en cuenta quiénes eran los destinatarios del relato, y observando la esencial funcionalidad de su discurso narrativo, Sigüenza abandona los atuendos de la prosa barroca para escribir en el estilo conversacional de una prosa casi costumbrista. Es como si desde la cima del período barroco vislumbrara el venidero y transgrediera, con deleitosa sencillez, todo lo que había de pomposo y rebuscado en una retórica ya en desgaste.

La lúcida percepción de la funcionalidad comunicativa del lenguaje confiere a su prosa otra notable característica: la progresiva americanización de la lengua en que se expresa. Igual que su correligionario José de Acosta, y con idéntica visión del futuro, son numerosos los americanismos que inserta en su discurso narrativo. Sin pretender mencionarlos a todos, repárese que al anotar las causas del empobrecimiento de **Borinquen** (que en el texto aparece escrito **Borriquen**), apunta “la vehemencia con que los **huracanes** procelosos rozaron los árboles de **cacao**”. Asimismo nos habla de **canoas**, **piraguas** y **cayucos**, especifica que los prisioneros eran azotados con **bejucos**, que en la costa de Yucatán se vararon “entre **múcaras**”, encuentran isletas a las que llama, con sufijo afectivo, **cayuelos**, y la comida que en ocasiones recibieron en México “se redujo a tortillas de maíz y cotidianos frijoles”. Demostradamente es un relato pensado en criollo y escrito en español americano.

El “donosísimo cuento” nos lleva a plantear una serie de cuestionamientos. Si hubiese sido cierto que Ramírez recibía de los piratas únicamente lo indispensable para no perecer de hambre, ¿con qué medios contó para comprar a su “negrillo Pedro”? ¿Y cómo le permitieron lujo tal a un prisionero impecune? ¿Qué compromisos contrajo con los ingleses para que éstos, con sus navíos atestados de

riquezas, en lugar de seguir a disfrutarlas en Inglaterra, enfilaran sus proas hacia el Brasil, para dejarlo a él y los suyos en aguas americanas? ¿Qué hado intervino para que todos sus compañeros fueran desapareciendo del relato hasta quedar sólo él para contar el cuento? ¿Cuánto añadió y cuánto calló para que sus aventuras resultaran más patéticas? Y por otra parte, ¿fue Sigüenza quien alteró, reorganizó y ficcionalizó lo que convenía a su proyecto autoral de crear una obra que, trascendiendo lo meramente anecdótico, “entre lo deleitable de la narración que entretiene cultive la razón de quien de ella se ocupa”? Para suplir la omisión de informes que resuelvan estas ambigüedades apelo a la siguiente opinión de Borges: “Es norma general que los novelistas no presenten una realidad, sino su recuerdo. Escriben hechos verdaderos o verosímiles, pero ya revisados y ordenados por la memoria”.²⁰

Es patente que en los *Infortunios* ese proceso actuó por partida doble: los hechos, reales o inventados, pasan primero por el recuerdo del protagonista que los refiere oralmente, y pasan luego por el del autor que los reconstruye y literaturiza al transformarlos en escritura, a la vez que aprovecha la ocasión para agregar elementos irónicos y satíricos así como intencionados comentarios sobre el estado de la sociedad en que vive. Y de ese modo, al relatar la odisea de Alonso, prolonga la modalidad genérica de la novela de viajes y aventuras, ensancha el espacio narrativo de la novela americana y patentiza el pesimismo y el desengaño característicos del período barroco. Esto último podemos detectarlo no sólo de las azarosas peripecias que padece el protagonista sino también de la estructura abierta de la obra, en la cual se ve a Ramírez, en el último párrafo, camino a enrolarse en la Real Armada de Barlovento, a cumplir su ineluctable destino de corcho zarandeado por las olas.

Para no extender demasiado los comentarios sugeridos por esta nueva lectura, en los cuales me he visto precisado a sustentarlos con citas de otros autores, permítaseme cerrarlos con una mía. En 1977, al resumir lo que pensaba sobre los *Infortunios*, escribí:

Calificar a esta obra de novela acaso parezca exageración. Lo más probable es que Alonso Ramírez haya sido un personaje real y sus andanzas más o menos ciertas. Pero Hamlet fue un príncipe danés, y el Bastardo Mudarra y el Caballero de Olmedo también fueron personajes históricos. Lo que importa en tales casos es el manejo que el autor hace de los caóticos elementos que la realidad le ofrece: la selección y ordenación de los episodios, la invención de los pormenores, el sentido que les infunde, la manera en que los cuenta. En los *Infortunios* todo eso es obra de Sigüenza. Se ha visto, además, que en la época barroca la historia constantemente se acomodó a otros fines. ¿Hubo deliberado acomodo en el ciclo de aventuras que llevan al protagonista de México a las Filipinas, de ahí a caer prisionero de piratas ingleses y luego, en un viaje lleno de episodios fortuitos, a cerrar el círculo regresando precisamente a México? Sea cual sea el grado de

²⁰ Jorge Luis Borges, en *El Hogar*, núm. 44, Buenos Aires, 24 de junio de 1938, p. 30. Citado por Enrique Sacerio Garí, *Borges: una literatura intertextual*, en vías de publicación.

historicidad del relato, lo cierto es que constituye una biografía ficcionalizada que se lee y disfruta como novela de viajes y aventuras. Y que en ella se ve de nuevo a un sufrido criollo en lucha con el medio, en un momento en que el sol comenzaba a ponerse en el vasto imperio de los Habsburgos.²¹

THE CULTRAL SUBJECT
AND THE CULTURAL CONSTRUCTION
OF THE OTHER

José Juan Arrom
Universidad de Yale

Around 1548, the first viceroy of New Spain, Antonio de Mendoza, counselled his successor on how to interpret the relationship which existed between the opinions most commonly expressed about the Amerindian, and those who held such opinions:

Some will tell you that the Indians are simple and humble, that neither politics nor arrogant pride reign among them and that they have no greed; others, on the contrary, will say that they are very rich and that they are vagabonds who refuse to work the fields. Don't believe these of either opinion, but rather treat them as any other people without making special rules... because few there are in these parts who are not moved by some type of self-interest, either for temporal or spiritual gain, or passion or ambition, or vice or virtue.²

The historic words of the viceroy are relevant to this literary discussion on two points: first, the judgment of the character of the Amerindian depended on who made it and for what reason, and, second, behind the characterizations stood notions about how the Amerindian should be treated.

In contrast to the discussions which take the image of the Indian as an isolated object of analysis, I would like to consider—and this suggestion is implicit in Mendoza's observation—the image of the Amerindian and the European as products of the networks of relations established between them. Homi K. Bhabha has argued that the tendency of the colonial subject (be this the colonizer or the colonized) is to see the members of the other group or culture as different, but with differences which are perfectly visible, knowable, and transparent.³ The notion of such a paradox of difference and similarity can be productive and deserves to be put to the test. It seems to me that the paradox is explained by the fact that difference

¹ This paper was read at "Writing Ethnography in Latin America: A Symposium," organized by Professor Mercedes López-Figueroa and Rosalva Aída Gutiérrez, Emory University, Atlanta, Georgia, April 23, 1990.

² "Algunos dize que los Indios son sencillos y humildes, que no tienen política ni ambición, ni vanidad, ni codicia, ni envidia, que no se van a trabajar, ni a sembrar, ni a criar ganado, ni a criar aves, ni a criar peces, ni a criar otros animales, ni a criar otros frutos, ni a criar otros bienes, ni a criar otros honores, ni a criar otros estados, ni a criar otros reinos, ni a criar otros imperios, ni a criar otros mundos, ni a criar otros universos, ni a criar otros infinitos, ni a criar otros nada." *Historia de las Indias de Nueva España*, ed. Juan de Solís, México, 1957, p. 233. Translations of this and all other Spanish language texts quoted herein are by the author.

³ Homi K. Bhabha, "The 'Third Space': Ethnogenesis, Cultural Difference and the Dissemata of Coloniality," *Representation Theory*, ed. Frank Lentric, Peter Hall, Margaret Rutherford, and Diane Lasker, London, 1996, p. 158.

²¹ *Esquema*, p. 85.